

AE
& I



LA SOLEDAD

Natalio Grueso

Natalio Grueso



La soledad

 Planeta

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Natalio Grueso, 2014
c/o DOS PASSOS Agencia Literaria
© Editorial Planeta, S. A., 2014
Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: © Compañía

Primera edición: mayo de 2014
Depósito legal: B. 7.499-2014
ISBN: 978-84-08-12783-3
Preimpresión: Víctor Igual, S. L.
Impresión: Cayfosa (Impresía Ibérica)
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

Nadie sabe tanto de la soledad como yo. Nadie. Ni quien nunca supo lo que eran unos pies fríos a su lado en la cama en las largas noches de invierno, ni quien jamás conoció unos dedos cariñosos que le enjabonaran el pelo, ni el niño obeso con quien nadie quiere jugar en el recreo, ni la adolescente con gafas y acné que se ha leído ya todos los libros de la biblioteca del pueblo en el que veranea porque no tiene amigas. Nadie.

Ni el abuelo al que limpian las babas en el asilo esperando que por Navidad alguno de sus tres hijos venga a visitarle. Nadie.

Ni el náufrago desahuciado sobre una tabla en medio de un océano desconocido, ni el reo incomunicado en el corredor de la muerte esperando la descarga definitiva. Nadie.

Llega un momento en que la soledad es tan profunda que te cala en los huesos, como te cala la hu-

medad de los callejones de la Serenísima al relente de las madrugadas de enero, un frío atroz que te devora las entrañas, te paraliza el habla y te adormece los dedos. Un frío miserable que te impide respirar, que transforma tu rostro en el de un payaso patético que no para de llorar, lágrimas que al poco se convierten en hielo, pestañas que son de escarcha. Y el alma que cruje, como crujen las cuadernas de un galeón que se hunde en medio de la tormenta. Y la congoja que te ahoga.

Después, con el agotamiento, llega el sueño. Pero entonces ya es tarde y no eres capaz de dormir.

Vine a Venecia porque es la ciudad más melancólica y solitaria del mundo. Vivo en un pequeño apartamento en el barrio de Dorsoduro. Y en ese apartamento, cada noche, ocurren cosas que hacen justicia, que desafían a la realidad y al destino, y que mitigan la terrible condena de mi maldita soledad.

EL BURDEL DE DORSODURO

Cada tarde, cuando el sol se escondía por poniente, una joven japonesa de sonrisa tímida y ojos del color de la miel se sentaba frente al escritorio y abría las cartas que habían dejado en el buzón. Y cada tarde encontraba allí, en sobres encintos de historias y de versos, una joya, la palabra precisa, el lirismo más desatado, la pasión más hermosa.

—Si no creyera en el reencuentro, la muerte nos habría llegado al separarnos.

Qué verso más bonito, pensó, creo que este será hoy el elegido.

Y así cada tarde, cuando el sol se escondía por poniente, la joven japonesa de mirada tímida y ojos del color de la miel ponía un poco de justicia en medio del caos universal, una gota de rebeldía frente al terco devenir de la vida, en la que casi nunca gana quien más se lo merece.

No importaba si eras guapo o feo, rico o pobre,

hombre o mujer, risueño o atormentado, elegante o desarrapado, fuerte o débil. No importaba si en el implacable sorteo de las virtudes la naturaleza había sido generosa contigo, si te había bendecido con la belleza y la gracia o castigado con la terrible condena de la vulgaridad. Allí solo contaban las palabras, el verso escrito, el sentimiento derramado sobre el papel. Esas eran las reglas en el universo de la joven japonesa, el autor de la historia que consiguiera emocionarla era el elegido. Y así cada noche. Tan sencillo como eso. Y Keiko, que así se llamaba la japonesa, se acostaba con el elegido.

Cada tarde, cuando el sol se escondía por poniente, la habitación en la que vivía Keiko se convertía en un burdel, el burdel de Dorsoduro.

Hay un lugar en Venecia llamado la Piazzetta del Principe della Follia. En ella hay un café frecuentado por los pocos parroquianos que aún se resisten a abandonar ese hermoso y decrepito barco que se hunde centímetro a centímetro. No es fácil encontrarlo. Según de dónde se venga habrá que cruzar un par de puentes o un *sotoportego*, rodear un canal y volver a deshacer lo andado y cruzar un *cortile*.

Apenas tres pequeñas mesas y media docena de sillas permiten a los clientes sentarse al aire libre los días en que el tiempo no lo impide. Yo suelo llegar un poquito antes del mediodía, con el periódico bajo el brazo, capa larga los días de frío y sombrero panamá blanco los de calor.

El camarero ya no pregunta qué voy a tomar, *buon giorno, signore*, etcétera. Me ha costado más de un año, un año de lealtad perruna, día tras día, a la

misma hora, en la misma mesa, la misma bebida. Pero al fin lo he conseguido, a los pocos minutos de sentarme, el viejo cascarrabias que regenta el café desde los tiempos de cualquier lejano Dux aparece con el aperitivo perfectamente preparado, un buen *spritzer*, ya saben, una base de Aperol, vino blanco, un poco de soda y vermut.

El tiempo allí pasa lento, perezoso. Alejado de las hordas de turistas que devoran la ciudad, la vida en la *piazzetta* transcurre como un río tranquilo, una corriente cotidiana que fluye lánguida pero que jamás se detiene.

Por eso me sorprendió tanto ver aquella mañana, justo en medio de la plaza, a una joven japonesa. En realidad era la tercera vez que pasaba por allí, arrastrando una enorme maleta, un paraguas en la otra mano para protegerse del sol, un mapa arrugado y un extraño aparato electrónico que consultaba continuamente.

Era evidente que se había perdido, nada raro por otro lado en una ciudad diseñada como un laberinto por algún duende burlón o por un cartógrafo demente.

—Hola, ¿puedo ayudarte?

No hubo respuesta. Pensé que no entendía el idioma en que le hablaba, o que el miedo o la timidez le impedían trabar conversación con un extraño. Aunque vestía ropa amplia y cómoda, podía

adivinarse un cuerpo bien formado, y esa suave piel blanca que es una permanente invitación a la caricia.

—¿Te has perdido? —insistí.

Y entonces clavó su mirada en mí. Fue la primera vez que ocurrió. Y aunque han pasado ya muchas lunas no puedo olvidar aquel momento, el momento en que por vez primera los dulces ojos del color de la miel de Keiko me miraron. Toda la melancolía del mundo se concentraba en esa mirada, era el pasaje secreto a un mundo desconocido y atractivo, peligroso, sin duda, pero irresistible. Y yo, Bruno Labastide, volvía a cortejar con el peligro.

—Estoy buscando una dirección y este aparato me dice que es por aquí, pero no sé qué pasa que siempre acabo en el mismo sitio.

—Bueno —contesté—, es que en Venecia la tecnología no sirve de mucha ayuda, en este laberinto la mejor forma de orientarse es la experiencia.

—O sea, perderse.

—Eso es, hay que perderse una y otra vez hasta que la ciudad te acepte como a uno de los suyos. Ni mapas, ni brújulas ni nada. Déjame ver esa dirección a la que quieres ir.

Keiko me entregó un papel escrito con una letra que me recordaba a los cuadernos de caligrafía de los niños pequeños.

—Está aquí al lado, has pasado por delante ya

varias veces. Dorsoduro es un barrio en el que no es fácil orientarse.

Le indiqué cómo llegar de la forma más sencilla, que no es necesariamente siempre la más rápida. Me sonrió, me dio las gracias, se caló bien el sombrero y se fue arrastrando la maleta por toda la plaza, con el paraguas para el sol, el mapa arrugado de la ciudad que de poco servía y el aparato electrónico que no servía de nada.

Abrió el sobre con infinita ternura. Estaba lacrado. Letra menuda y dubitativa. Acarició el bonito papel veneciano y las palabras allí escritas:

«Tus labios son el diario en el que escribo mis momentos de felicidad».

Sonrió, pero el verso no pareció convencerla del todo. El vapor del agua caliente había nublado ya por completo los cristales. Desde la amplia bañera, sumergida en sales y espumas con olor a lavanda, apenas podía intuir el parpadeo de las luces tenues de la calle. Sonaba de fondo una música suave, un solo lastimero de trompeta, jazz que en lugar de cauterizar heridas echa sal en ellas. Como si estuvieran perfectamente coordinados, tras muchas horas de ensayo, la sirena de un carguero procedente de Marghera se sumó al quejido melancólico de la trompeta. Un tintineo en las ventanas delataba la lluvia que empezaba a caer con fuerza, dibujando

infinidad de círculos que parecían dianas sobre las tranquilas aguas del canal.

Sumergió la cabeza por completo bajo las aguas calientes de la bañera. Ese era uno de sus lugares favoritos en el mundo, allí, adonde apenas llegaban muy amortiguados los sonidos del exterior. Le gustaba aguantar la respiración y pasar un largo rato tumbada, sintiendo el calor y el olor de las sales de baño. Y es que Keiko había aprendido que la felicidad y el placer consisten en algo tan sencillo como pasar del frío al calor, ya sea el del hogar, el de una manta que nos cubra, o el de alguien que te abrigue el corazón.

Envuelta en un albornoz mullido, el pelo aún mojado, descalza sobre las alfombras persas, Keiko comienza el ritual de cada noche. Enciende las velas, prepara las bebidas, cambia la música de trompeta por un violonchelo aún más melancólico, distribuye con mimo los almohadones sobre la enorme cama vestida con finísimas sábanas de hilo blanco.

Después, sentada frente al tocador, se maquilla muy levemente, apenas los ojos y los labios. Y así, con todos los elementos del teatro de la poesía y el placer preparados, suena el timbre y llega el elegido de la noche.

Muy temprano, con las primeras luces del amanecer, con la piel erizada aún por las caricias, el elegido debía marcharse, con la seguridad de que nunca jamás volvería a vivir nada igual, de que nunca más volvería a visitar el paraíso.

Todos intentaban resistirse y convencer a Keiko de que les permitiera regresar, pero ella era inflexible, las reglas allí eran estrictas, y solo otros poetas, solo otros solitarios, tendrían el premio de una noche mágica, solitarios que después serían expulsados del paraíso para dar entrada a otros, que acabarían sus noches igual, en una espiral en la que, de todos modos, quien más sola estaba siempre era Keiko.

Fue por la época de la vendimia, cuando el calor se retiraba discretamente para dar paso a las primeras lluvias de otoño, y los vencejos emigraban camino del sur, fue por esa época cuando

Keiko, cada día más cómoda en su cruzada contra las injusticias del destino, recibió una larga carta en la que alguien le contaba la historia del receptor.